

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 13 DE JUNIO DE 1920

NUM. 19.144

San Antonio bendito, ramo de flores....

A más del Corpus y de su Octava, tiene Madrid una fiesta muy suya y muy bella, porque se celebra con un encanto de égloga en los sotos de las orillas del río. En la de acá o en la de allá, como se ha querido que sea este año, da lo mismo para el aspecto y el sabor de la fiesta.

Su espíritu no se limita a un espacio determinado, y sin necesidad de pasar por el legendario Puente Verde, o por el moderno de la Reina Victoria, cruza el caudal del Manzanares, y va y viene de uno a otro bosque, allí donde, como cantaba Lope de Vega, el amor murió de amores.

La primera verbena que Dios envía es la de San Antonio de la Florida.

Esto dijo Antonio de Trueba, con un



alma tan identificada con la del pueblo, que la copla ha quedado como del acervo popular. Sin embargo, esto ya no es cierto en Madrid, porque ahora tenemos antes una verbena nueva, la de San Fernando o la de la Princesa, que se celebra en la calle de este nombre el 30 de mayo, y ha sido creada para compensar a los industriales de aquella harrida de la pérdida que ha podido originarse la suspensión de la romería de la Cara de Dios, con lo que el reposo de los habitantes de esa calle no ha salido ganando nada, pero si los feriantes, que antes no disponían de más tiempo para su negocio que de una madrugada, menos aún, la duración de las rosas de Malherbe, y ahora tienen quince días para la exhibición de sus tenderetes, y diversiones de esa clase de fiestas.

El comienzo del verano pintoresco y nocharniego, anticipándose a la fecha del solsticio, señálase con la peregrinación madrileña a la ermita del santo portugués, cuyo prestigio galante da el más poderoso atractivo a su devoción. Entre romería y verbena, ya que tiene mucho de aquella por acudir los fieles y los infieles también hacia una ermita fuera de la ciudad, en el grato paraje de las umbrías arboledas, viene a ser un enlace que une a los romeros de San Isidro con los celebrantes de la velada sanjuanescas, que es la de más alto abolengo entre todas las verbenas.

La singular amenidad del lugar donde está emplazada la ermita, y campo un día del paso honroso de D. Beltrán de la Cueva, en memoria del cual alzóse

en aquellos parajes el primitivo monasterio de los Jerónimos, ofrece realmente un encanto gentilico para celebrar a la manera bucólica los principios del estío, así como el día primero del florido mayo, y so color de la devoción de Santiago el Verde, recibíase con algazara a la ninfa Primavera bajo las frondas del Sotillo. Cuando se abrió la ermita de San Antonio tenía por cierto mayor encanto de sosiego el lugar, a la entrada del real sitio de la Florida y al pie de la montaña del Príncipe Pío, no afados todavía aquellos alrededores por la estación del Norte, tan absurdamente colocada allí.

Ya tenía el santo dos iglesias en Madrid. Una era tan bella, que se llama de San Antonio de los Portugueses y de San Antonio de los Alemanes, y muestra los frescos de Carreño y de Rizzzi en la bóveda y de Lucas Jordán en los muros. Dió a la Hermandad del Refugio Felipe V, en 1701, este templo, del hospital que fue fundado por Felipe III para los enfermos portugueses, que entonces eran vasallos de la Corona de España, y luego de la separación de ambos reinos fue ampliado por la Reina doña María Ana de Austria, viuda de Felipe IV, para enfermos y peregrinos alemanes, según Real cédula de 22 de agosto de 1689. Por cierto que no solo servía de hospital para el cuerpo, sino también de lazareto para el alma, pues allí eran llevados, para su conversión, los que llegaban a la corte infectos de herejía. San Antonio de los Portugueses o de los Alemanes tiene dos imágenes del titular que son obra del mejor escultor de su tiempo: la de piedra caliza, que se halla en una hornacina sobre la puerta de la calle, y la del altar mayor, que es la de más valor en su trabajo. Ambas salieron de las manos de Manuel Pereira.

Otro San Antonio, también muy madrileño, era el del Prado, en la iglesia contigua al palacio de los duques de Medinaceli, por la calle de San Agustín. Aquel famoso templo de los Capuchinos donde un día se realizó la conversión de la Caramba.

En el año 1720 edificóse la primer ermita a San Antonio, en el sitio de la actual, junto al río, por el Resguardo de Rentas Reales; pero no debieron de hacerla muy firme, pues que en 1770 fué reedificada y en 1790 hubo necesidad de construirla de nuevo, bajo la dirección del arquitecto Fontana. La nueva ermita mereció una consagración definitiva. Goya, nuestro señor, puso en ella, para admiración de los siglos, la magia de sus pinceles. Ahora ya, aunque llevados por sorpresa, y de una manera casi furtiva, los huesos del gran Francisco el de los Toros reposan en ese recinto, que es dos veces sagrado.

En torno de la cúpula admirable viven eternamente las que fueron ninfas de la Moncloa, alrededor de la duquesa de Alba. Misterioso y bello aquelarre donde las brujas son jóvenes y bellas, y la noble, y la villana, y la hidalga, y la comediante, no son mas que mujeres que dieron sus cuerpos para el arte y sus almas para el amor.

Los arzobispos de Toledo, primero; el marqués de Liche, luego, y los duques de Alba, después, disfrutaron de la Moncloa, como los nobles romanos y los cardenales fastuosos en la quinta de Albano, en la villa Borghese o en la villa Sciarra. Llegó el amor con alas de mariposa, como esas Psiquis de otro tiempo, a dar la norma al siglo XVIII, tan deliciosamente fútil y rotundamente galante, y un amorcillo, hermano del que jugaba entre las rosas del Trián, vivía entre los boscajes de la Moncloa. Habitaba entonces en el palacete doña María del Pilar Teresa Cayetana de Silva. Aquella dama y sus amigas eran buenas devotas, y ellas, que no hacían antesala en Palacio, hacíanla en casa de la beata Clara. Era preciso que tuviesen cerca de su selva encantada un templo donde pedir a Dios perdón por los pecados del día y descansar el alma para los pecados de la noche. Ese fin cumplía para ellas la ermita de San Antonio de la Florida, que las recogía en devota plegaria tras de una tarde de jugar a la gallina ciega en la margen del río.

San Antonio era en la realidad un fraile portugués, grandote, muy feo y muy áspero y rudo de modales. Tenía unas tremendas barbas y un vozarrón de energúmeno. La leyenda, sin embargo, le ha modificado por completo, quitándole todo su aspecto desagradable y transformándole placida y bonitamente. Así, nos le representan la escultura de Gineés que hay en la ermita, y cuantas imágenes existen de él, como un mozo barbilindo, galán y casamentero.

Al conjuro del prestigio del santo acuden las muchachas con tanta fe como la que invocan para encontrar los objetos perdidos y aun para la cura de algunas enfermedades, con sólo recordar aquellos versos que empiezan así:

Si buscas milagros, mira
muerte y dolor confundidos...

En Andalucía le cuesta un remojón a la imagen del santo la necesidad de corlejo que tenga la niña de la casa. Y dice el cantar:

Eres la que zambulliste
a San Antonio en el pozo,
y le jartaste de agua
pa que te sacara novio.

Aquí no existe ese rito húmedo, y las chicas madrileñas se limitan a impetrar buenamente su protección por medio del rezo. Sin embargo, la tardanza en satis-

facer las pretensiones de la joven devota puede ser motivo para que la efigie antonina que hay en la habitación permanezca cabeza abajo hasta que se cumplan los deseos de la urgente peticionaria.

Las arboledas del río seguirán siendo tradicionales. Poco importa, en verdad, que la fiesta se celebre a este lado del Manzanares o en la Pradera del Corregidor. Hasta el fondo del bosque abierto a la general delicia llega el estruendo de los automóviles, el más tranquilo ambular de las plácidas manueles y la luminosidad de los tranvías con el tintineo de sus timbres, y la pálida y la bella luminaria de los arcos voltaicos, altos como los más copudos árboles y que parecen como si la luna se hubiese multiplicado en la ciudad y en el bosque.

Ni cualquiera tiempo pasado fué me-

jor, ni hay por qué abominar demasiado del presente, que al andar de los años será también tradicional y tendrá a su vez poetas que le canten. Las muchachitas de mantón de flecos, las matronas opulentas que esplenden triunfales en los carruajes abiertos, la chulería y el señorío, la plebe y el rango, desfilan ante los puestos de flores, donde, entre rosales y claveles, están los macetones de las hortensias y los tiestos más verbenos, los de la albahaca, que ha de ser en los balcones veraniegos la compañera del botijo y de la jaula del grillo; los dioscellos familiares que han de presidir las fiestas junto a la persiana echada, y las pláticas amatorias de por la noche, cuando se recuerde aquella de alegría pagana y florida gozada bajo las umbrías del soto.

Pedro DE RÉPIDE

MEMORIAS MELANCOLICAS

La heroína real de un triste cuento de hadas

CUANDO supe que estaba en Madrid sentí una viva expectación. Esta augusta figura de la majestad caída venía a remover en mí los más lejanos recuerdos de la infancia. ¡La Emperatriz Eugenia! ¿Cómo expresar el magnetismo de este nombre, que evoca todo un período de la Historia? ¿Cómo trazar en pocas líneas la silueta de una mujer cuya accidentada vida hace de ella la protagonista de la más fantástica, deslumbradora y, por fin, dolorosa de las novelas?

Porque en la ya larga vida de nuestra insigne compatriota Eugenia de Montijo, tan llena de recuerdos, de gloria y de nostalgias, la realidad parece superar a la misma fantasía. Si su belleza fué extraordinaria, lo fué aún más su destino. Ha brillado en el mundo como brillaron pocos astros femeninos. Ha conocido el homenaje de la gloria y la ingratitud del olvido; el radiante apogeo del poderío y las desoladoras amarguras del destierro. Al verla en los crepúsculos enlutados de su viudez, bajo los cuales sangra todavía el corazón inconsolable de la madre, siente uno emoción y piedad. Esta anciana sencilla, risueña y bondadosa, como la clásica abuela de los cuentos, puede contar la más inverosímil narración con sólo evocar su pasado. Ha sido, en efecto, la linda rubia de ojos azules que en los cuentos de hadas termina siempre casándose con el príncipe o el rey. Sólo que, por una ironía del Destino—empeñado en demostrar palpablemente la falta de inventiva en los poetas y en los noveladores—, esta heroína rubia no salió de las páginas de algún libro de Andersen o Grimm; no pisó las tablas de ningún teatro entre las engañosas decoraciones de los bosques y de aposentos palaciegos hechos de pintura y de cartón. Su escenario fué mucho más vasto: fué un Imperio, no en las regiones quiméricas, sino en la vecina Francia; su príncipe enamorado, nada menos que Napoleón III, de la estirpe imperial del César corso; y ella no había sido pastora, ni había salido del fondo del mar, ni caído de una estrella. Nació en España, como una bella flor de Andalucía; pertenecía a la ilustre familia de Montijo, y, con ser sólo una linda muchacha de la aristocracia española, subió inesperadamente la escalinata de un trono para ceñir una corona...

¿No es verdad que todo esto parece una leyenda o un sueño?

La primera vez que vi a la Emperatriz

fué a bordo de su yate «Thistle», en el que la augusta Soberana ha navegado por medio mundo, buscando en nuevos horizontes un lenitivo a sus desengaños. Era yo todavía muy niño; pero, aun así, ya devorador de libros y soñador de quimeras. La Historia tenía entonces, para mi curiosidad precoz, un singular atractivo. El pasado, con sus figuras legendarias y su color decorativo, su ambiente novelesco y sus intensas tragedias, ejercía sobre mí una peculiar fascinación... ¡Júzguese, pues, del efecto que en mi mente infantil hizo la noticia de haber sido invitados mis padres por la Emperatriz Eugenia para hacer la travesía de Southampton a Cowes en su barco de recreo! Esta mujer era la encarnación viva de un Imperio, una figura palpitante de la Historia... ¿Cómo resistir la ocasión de verla, y hasta de hablarla? Supliqué a mis padres que me llevaran, y tantos fueron mis ruegos y tanta mi insistencia, que, al fin, éstos accedieron, pidiendo antes la venia de la Soberana.

Nunca olvidaré mi honda emoción al llegar a bordo del «Thistle», al recibir el cariñoso beso en la mejilla y al ver el bello rostro marfileño, bajo los cabellos blancos, sonriéndome bondadosamente. ¡Cómo! ¿Esta dama enlutada, tan sencilla y afectuosa, era la ilustre viuda de Napoleón III? A las primeras palabras sentí desvanecerse mi azoramiento. La Emperatriz, sin duda harto divertida por el deseo de un niño en conocerla, me hizo el honor de dedicarme su atención, a pesar de haber allí reunidos otros invitados de más edad y categoría. Quiso saber lo que leía y lo que sabía de ella... y yo, en verdad, hubiese cambiado con gusto el orden del diálogo, poniéndome a mi vez a preguntar a la protagonista del segundo Imperio... Pero se me había advertido ya en casa que en modo alguno me atreviese a romper la más elemental regla de etiqueta. Puse, pues, freno a mi curiosidad, ateniéndome a contestar tan insignificante interlocutor... Y ante su magnetismo personal, la travesía se pasó como en un sueño, donde pasaban a su vez las velas blancas de los barcos bajo el sol candente del verano y el vuelo lento de las gaviotas.

La tarde me pareció corta al llegar a la isla de White.

Volví a ver a la Emperatriz en un marco más adecuado; es decir, en Farnborough, donde ha vivido casi todo su

destierro. Farnborough es su residencia inglesa: una regia mansión, rodeada de vastas «pelouses» y grandes y frondosos árboles. Tiene, no obstante, este palacio un cierto ambiente de santuario. Hay en él demasiadas evocaciones tristes, porque contiene muchas reliquias históricas. Allí han venido a parar, como los restos de un naufragio, todos los objetos de la familia Imperial, todos los recuerdos de un poderío muerto. Parecen habitar entre sus muros los espectros del difunto Imperio. Los cuadros, los tapices, las mismas vitrinas, cargadas de «bibelots», de condecoraciones y hasta de uniformes, nos hablan de Napoleón III, enfermo y desengañado, en el destierro, y del joven y valeroso Príncipe Imperial, que al caer mortalmente herido por los salvajes zulú, allá en tierras africanas, apagó en el alma de la infortunada madre el último rayo de esperanza. Porque el Destino, que se mostró derrochador con la hermosa Emperatriz a la hora del poder y de la gloria, se mostró cruel e implacable a la hora de la adversidad. Sobre la misma cabeza rubia en que puso una corona deslumbrante de oro y pedrería, clavó una corona de espinas cuyas heridas no se cicatrizan. Como Soberana, como esposa y como madre, esta desterrada Emperatriz ya lo ha perdido todo. Sólo al cabo de muchos años de dolor en la penumbra ha visto llegar la hora de la justicia: el derrumbamiento de ese Imperio de los Hohenzollern que fabricó Bismarck con hierro y fuego; el castigo y la humillación de los invasores en ese mismo Versalles donde se fundó la Alemania Imperial sobre una Francia vencida y un Trono abandonado... ¡Cuántas veces me he acordado durante la guerra europea de la Emperatriz Eugenia! Mi memoria evocaba aquella tarde, en Farnborough, en que, después del almuerzo, la Emperatriz iba relatándome su fuga de las Tullerías, invadidas por las turbas revolucionarias, mientras en el fondo del salón, fingiendo escuchar la charla de la Princesa de la Moscowa, un señor prestaba atención a cuanto decía la Soberana. Aquel señor era nada menos que Pietri, ex jefe de la Policía del Imperio y conocedor como ninguno de los secretos y de los bastidores del apogeo imperial.

¿Cuántos años han pasado desde entonces? Muchos. Hoy, la Emperatriz ha cumplido noventa y cinco años. Conserva su vitalidad asombrosa y su memoria desconcertante, su humor juvenil y su sonrisa luminosa. Al volverla a ver la otra noche, en el momento de entrar en uno de los salones del suntuoso palacio de Liria, experimenté de nuevo una honda emoción. Siempre de luto, más encorvada bajo el peso implacable del tiempo, de un brazo se apoyaba en un bastón; del otro, en el de su sobrino-nieto, ese joven gran señor que se llama el duque de Alba. Uno por uno fueron nombrándonos a los invitados. Tiene la Emperatriz velados sus ojos por las cataratas; pero, eternamente joven, piensa hacerse operar por el doctor Barraquer. Fuera de esta dolencia lamentable, que ha puesto sombra en su vista, la luz de su espíritu arde y vibra como antaño. Todo lo recuerda y todo le interesa: lo mismo el presente, que el pasado. Narrar mi impresión de esta comida inolvidable, en que tuve el honor de sentarme a su lado y el «charme» de su palabra fluida, llena de observaciones y recuerdos, sería indiscreto. Pero si han pasado los años, el dolor no ha amargado su carácter, la nieve de sus cabellos no ha helado su corazón, y el perfil admirable se ilumina con esa sonrisa que parece el último rayo de un crepúsculo glorioso, ya inmortalizado por la Historia.

Alvaro ALCALÁ-GALIANO

LAS MUJERES

Por no enterarse

¿Por qué se ha levantado tanta polvareda en torno a este Congreso feminista? Sencillamente, por incompreensión. Turiferarios del laicismo arremeten contra la intolerancia católica, acusándola de que no permite celebrar el Congreso en Madrid. Voceros del catolicismo culpan al feminismo laico de antipatriótico, por acceder a que el Congreso se celebrase con exclusión de nuestro idioma. Réplicas, réplicas, mortificaciones. Y en esta disputa, llega la notificación oficial de que el Congreso se celebrará en Ginebra.

—¿Lo veis? Por culpa vuestra no se celebra en Madrid—dice el bando laico.

—Por vosotras se excluye a España—exclama el católico.

Pues ni lo uno ni lo otro. No es culpa de nadie. Todo el baturrillo viene de no haberse enterado del asunto.

Nadie mejor que la doctora Paulina Luisi—quien, con lady Astor, María Stritt, Ana Whitlock y Elena Munch, compone la Mesa oficial—puede aclararnos la cuestión. Precisamente, la eximia publicista uruguayana nos avisa de su llegada a Madrid. Vamos a visitarla.

—¿Ha visto usted? ¡Otra «guerra de los encajes»!

—¡Por Dios! ¡Pero si no hay nada de eso! La cosa es sencillísima. Mire. El último Congreso de la Alianza Internacional Feminista se celebró en Budapest. No hubo más adhesión «latina» que la nuestra, la del Uruguay. Por consiguiente, no pudo hablarse en las sesiones ningún idioma latino, fuera del francés, que es el protocolo universal.

«El régimen de la Alianza prescribe que sólo las naciones representadas decidirán «fechas, lugares, idiomas y temas del Congreso». ¿De dónde salió lo de celebrarlo en Madrid? Lo ignoro. Para ello hubiera sido necesario: primero, que España hubiese estado representada en el Congreso anterior, y no lo estuvo; segundo, que la Mesa hubiese señalado de antemano «fecha, lugar, idiomas y temas» en relación con Madrid y el idioma español, y tampoco hubo tales cosas.

«Todo cuanto se ha dicho sobre negativas a ceder el teatro Real, influencia del clero, etc., etc., es una suspicacia sin fundamento alguno. En cuanto a rechazar nuestro idioma, comprenderá usted que es absurdo. Mi idioma es el castellano. Yo abogué por que se aceptase en Budapest; pero no había mas que una nación de este idioma adherida.

«Ahora, en Ginebra, es diferente. Con la adhesión de España y otras naciones hispanoamericanas, las Delegaciones de habla española pueden y deben plantear la cuestión.»

La autoridad de nuestra insigne amiga la condesa de Pardo Bazán ha refrendado nuestro juicio sobre el abandono en que las izquierdas tienen al feminismo español.

Con su envidiable lucidez, la docta polígrafa señala el largo y sospechoso silencio del izquierdismo en todo el palpitante problema. Ni ideario, ni campañas, ni preocupación, ni atención siquiera. La mujer española sólo encuentra cerebros estudiosos y voluntades organizadoras en «las derechas». Con menos elegancia y profundidad—no hay que decirlo—expresamos nosotros igual verdad: «Ni ideario, ni organización», dijimos, avisando a las izquierdas.

Corroborándolo una vez más, ahí está

ese Congreso de Ginebra. Sólo hemos visto de él un comentario «izquierdista», impertinente y contumaz. Es decir, insistiendo en la patraña del veto católico, y, por supuesto, sin rozar siquiera los temas.

¿Qué fines tiene este Congreso? La Alianza Internacional para el Sufragio femenino es, sin duda, organización importante, pero ilimitada. En cierto modo es un fecundo caso de ampliación, como el de esas casas comerciales que por afortunadas operaciones «ensanchan el negocio». Su denominación sufragista no le basta. Hoy en día el sufragio no es para la mujer cosa sustantiva, sino adjetiva.

La guerra dió al traste con tan estrecho ideario, rompiendo el cauce de las

DIVAGACIONES

Con toda el alma

Cuando algún amigo nos cuenta que le ha ocurrido una desgracia, solemos decirle: «Lo siento con toda el alma»; y con estas palabras le queremos dar a entender que su desgracia conmueve regiones de nuestra alma que sólo muy raras cosas llegan a conmover; regiones que casi siempre permanecen quietas, silenciosas y desiertas; en suma, ajenas a la vida.

«Lo siento con toda el alma»: he aquí un modismo vulgar que tiene la milagrosa elocuencia de las grandes intuicio-

ta con usar una parte pequeñísima, insignificante; para las empresas extraordinarias necesitamos ya usar un poco más; en los momentos verdaderamente críticos, culminantes, cuando hasta nos asusta la intensidad con que nos sentimos vivir, la conmoción llega un poco más abajo de las capas superficiales; y sólo algunos hombres privilegiados, los héroes—en el sentido carlyliano—, sienten en algunos momentos—muy raros—vibrar toda su alma. Tal es la triste verdad contenida en el modismo vulgar: al querer expresar que nuestro sentimiento llega al colmo, a lo imposible, al límite ideal, no encontramos nada más hiperbólico que decir que sentimos con toda el alma.

Para esto ha quedado lo mejor del alma: para ofrecerlo por pura fórmula, por cortesía.

En fuerza de no usarlo, el fondo del espíritu se va atrofiando, insensibilizando; y así vamos dejando morir precisamente lo más íntimo, lo más precioso, lo que pudiera realizar todos los milagros. Puede llegar un día en que la parte más noble de nuestra alma se halle convertida en apéndice, que sea el vestigio de antiguos órganos que se fueron atrofiando por falta de función. Y entonces sí que será el colmo de la hipérbole y de la cortesía el decir que sentimos con toda el alma, hasta con el apéndice.

Las actividades que exige y exalta la vida moderna no sirven para desentumecer nuestro espíritu, pues sólo lo interesan a sus capas superficiales, y el entumecimiento está en la entraña; es necesario, por lo tanto, fomentar otras actividades más profundas que remuevan todo el subsuelo anímico. El arte, la religión, la filosofía..., estas nobles y capitales preocupaciones, que hoy aparecen relegadas a un plano secundario, son las únicas capaces de vigorizar y enriquecer el fondo del espíritu humano, el subsuelo que presta vida a toda la vegetación que admiramos en la superficie. Pero es necesario no considerar tales preocupaciones como mero pasatiempo, como el descanso de más serias tareas, sino como algo esencial y primario con que vamos formando la substancia de la vida presente y tal vez la de la futura.

Para muchos, la literatura y el arte, en general, ha de ser algo que nos distraiga y alivie durante las horas de la digestión y que nos quite «quebraderos de cabeza»; algo que nos anestesia el espíritu.

Creo, por el contrario, que cuantas más horas tengamos que dedicar a esas tareas comerciales, financieras, burocráticas, etc., que no ponen en actividad sino una parte insignificante del espíritu, más deberemos buscar en la literatura y el arte, no la anestesia del alma, sino la hiperestesia.

Bien es verdad que se producen muy pocas obras literarias y artísticas—o, por lo menos, que pretenden serlo—capaces de provocar esta hiperestesia.

¡Y no hablemos de España!

¡Aquí todo—política, religión, literatura...—parece confabulado para irnos anestesiando la conciencia, para que llegue un día en que nuestras almas no tengan sino una pequeñísima parte viva, capaz de funcionar, y un gran apéndice totalmente encallecido, muerto, que sólo nos servirá para poder referirnos a él cuando digamos con hiperbólica cortesía: «Lo siento con toda el alma.»

Mariano BENLLIURE Y TUERO

PAGANDO UN BRINDIS, APUNTE ORIGINAL DE PABLO ANTONIO BEJAR



Bejar, el espiritual cultivador de un género pictórico a veces lleno de fino exotismo, ha puesto ahora en este bello apunte la vibración y el nervio de una copla española.

etiquetas con el alud de las concesiones. La mujer tiene hoy voto en veinte países, y, con voto, sigue tan preterida casi como sin él. La presencia de lady Astor, diputada, en un Congreso sufragista tiene esplendores paradójicos.

Por fortuna, el Congreso de Ginebra no está en manos intransigentes y formulistas. Lo del sufragio es sólo un nombre, y ya sabemos que el nombre no hace a la cosa.

El Congreso se ocupará de temas extra-sufragistas, hipersufragistas. Por ejemplo: el trabajo nocturno, el seguro de las obreras embarazadas, la higiene de los niños en los talleres y escuelas, la reforma del trabajo a domicilio, etc., etc. Nada de esto tiene que ver con el sufragio. Conviene que conste, para aviso de sufragistas impenitentes.

Cristóbal DE CASTRO.

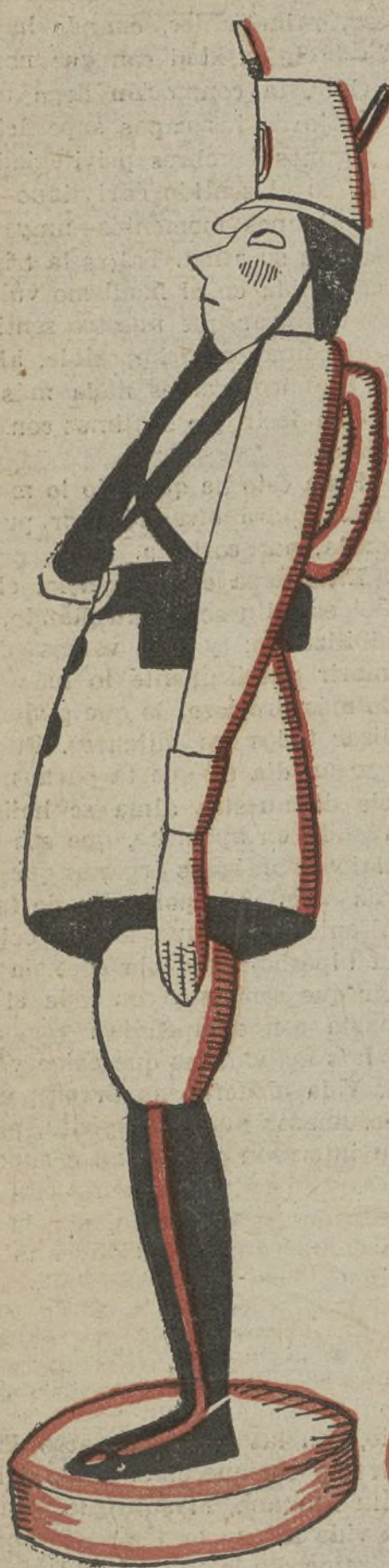
nes, el poder expresivo de una larga serie de consideraciones filosóficas o períodos literarios; puede decirse que encierra toda una teoría estética y hasta toda una filosofía.

Al decir que se siente algo con toda el alma parece que se incurre en el grosero error de dar valor cuantitativo a valores puramente cualitativos; pero no hay tal error, pues el cambio de valores se emplea como un simple recurso de expresión, sin que ello suponga confusión de conceptos; mejor dicho, no existe propiamente la sustitución de un valor espiritual por uno material, sino tan sólo la aportación de un valor material que ha de sugerirnos el espiritual.

Muy rara vez, en verdad, usamos de toda nuestra alma: para atender a las exigencias de la vida corriente nos bas-

EL SOLDADITO DE PLOMO

*** Adaptación de un cuento de Andersen. ***



daban por el estanque, reflejándose en el espejo.

Cuando se hizo de noche y los niños se fueron a dormir comenzaron todos los juguetes a jugar por su cuenta. Los soldados principiaron a revolverse dentro de la caja, porque querían divertirse; tan sólo el de una pierna estaba quieto, sin hacer caso a nadie. Es que se había asomado por la ventana del castillo y había visto dentro una criatura preciosa.

Era la bailarina. Estaba recortada en cartón y tenía unas falditas de gasa encarnada. En el cuello, sujeta con un broche y una piedra preciosa, una cinta que se anudaba detrás de la cabeza, formando un lazo. Levantaba los dos brazos en alto, arqueados, como si fuera a volar, y se sostenía en la punta de un pie, levantando la otra pierna tanto, tanto, que el soldadito creyó que tenía, como él, nada más que una.

—Esta es, justamente—pensó el soldadito de plomo—, la joven con quien yo me casaría. Pero ¡ay!, está lejos de mí y vive en un castillo, mientras que yo no tengo más que una caja, y esa para los veinte hermanos que somos. No hay sitio para ella; pero ¡no importa! Yo tengo que hablarla.

Y se la quedó mirando, sin moverse. Al dar las doce en el reloj, se abrió una cajita que había encima de la mesa y asomó la cabeza un diablillo.

—No mires a esa bailarina—dijo al soldadito de plomo.

Pero éste no le hizo caso, y entonces el diablillo exclamó:

cillos de madera, le colocaron dentro.

—¡A ver qué tal se porta!—dijeron los chicos echando el barco en un arroyo de agua de lluvia que venía corriendo calle abajo.

El barquito comenzó a navegar y a dar vueltas, y el soldadito, firme, muy tieso, continuaba, siempre en su puesto, con la escopeta al hombro, sin miedo y sin caerse.

De pronto, en la acera se abrió un boquete enorme que se tragaba el agua, y por allí fueron barco y soldado a las tinieblas.

Ahora corría, corría, sin parar y sin saber adónde.

—¿Qué será de mi suerte?—pensaba el soldadito—. ¿Y ella? ¡Qué desgraciado soy! No puedo vivir en aquel cuarto donde la veía a todas horas, con su cabecita inclinada, y sus brazos en alto, y su lazo, y su falda de gasa, y una sola pierna, como yo... El diablillo aquel me persigue y trabaja en contra mía.

Pero no por eso dejaba el soldadito su escopeta ni su posición militar, siempre firme y cumpliendo su guardia.

como siempre, y esta vez a su lado, porque había salido del castillo. Parecía que bailaba para él.

—¡Bah, está viejo!—dijo una voz acercándose al soldadito y tirándole a los leños que ardían, chisporroteando, en la chimenea.

La muerte del soldado se acercaba. Pero no se quejó. Firme como siempre, guardó su actitud. Sintió las llamas; sintió que la pierna, la única pierna que siempre le había sostenido, flaqueaba, incapaz ya de sostenerle, y miró antes de caer a la graciosa bailarina, que desde la mesa le miraba también y sonreía, con los brazos en alto, como echando a volar.

Parecía volar siempre, y aquella vez voló: el soldadito la vió por los aires y la vió caer, graciosamente, en el mismo sitio en que él estaba. Ella, al verle morir, quiso también morir con el soldadito de un solo pie que la había amado siempre.

A la mañana siguiente, entre las cenizas, quedaba solamente del soldadito una bola de plomo, y de la bailarina, un broche quemado con una piedra azul. Las almas del soldadito y de la bailarina habían volado para siempre al cielo de las gentes felices que viven en un pie...

Juan DE LAS VIÑAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

HABÍA una vez veinte soldados, hermanos todos, porque todos habían salido del mismo lingote de plomo.

—¡Soldaditos! ¡Soldaditos de plomo! ¡Soldaditos!—fué la primera exclamación que oyeron en el mundo el día en que unos niños destaparon por pri-

mera vez la caja que les habían traído del bazar.

Brincando y palmoteando, fueron los niños poniendo todos los soldados, uno a uno, encima de la mesa. Todos eran iguales; uno de ellos se diferenciaba, sin embargo, de los demás en que tenía una pierna sola, en vez de dos, a causa de que cuando le fabricaron no había plomo bastante.

Pero con una pierna sola se tenía el soldadito de pie, tan tieso como todos y sosteniendo su escopeta con tanta marcialidad como cualquiera.

En la misma mesa donde estaban ellos formados había otros juguetes; el más bonito era un castillo de cartón, con sus ventanas y todo, y unos arbolitos alrededor, y un espejo imitando agua, y unos cisnes que na-

—¡Ah, sí? Pues aguárdate a mañana y ya verás.

A la mañana siguiente puso el niño los soldados en el alféizar de la ventana, y cuando fué la criada a abrir empujó sin querer al soldadito de una sola pierna y cayó desde el segundo piso a la calle.

Cayó de cabeza; se metió por una rendija, entre dos losas de la acera, y se le clavó en la tierra la punta de la bayoneta.

El niño y la criada bajaron a buscar el soldadito; pero como estaba tan escondido no pudieron encontrarle.

—¡Ay!—pensó el soldadito—. Esto se conoce que me pasa por la maldición del diablillo....

Aquella tarde llovió mucho, mucho, y el agua sacó al soldadito de la rendija de la acera. Unos chicos de la calle se lo encontraron, y haciendo una especie de barco con unos peda-

Al día siguiente salió de nuevo a la luz. Iba por un río inmenso, donde brillaba el sol que daba gusto. Pero lo mismo fué llegar

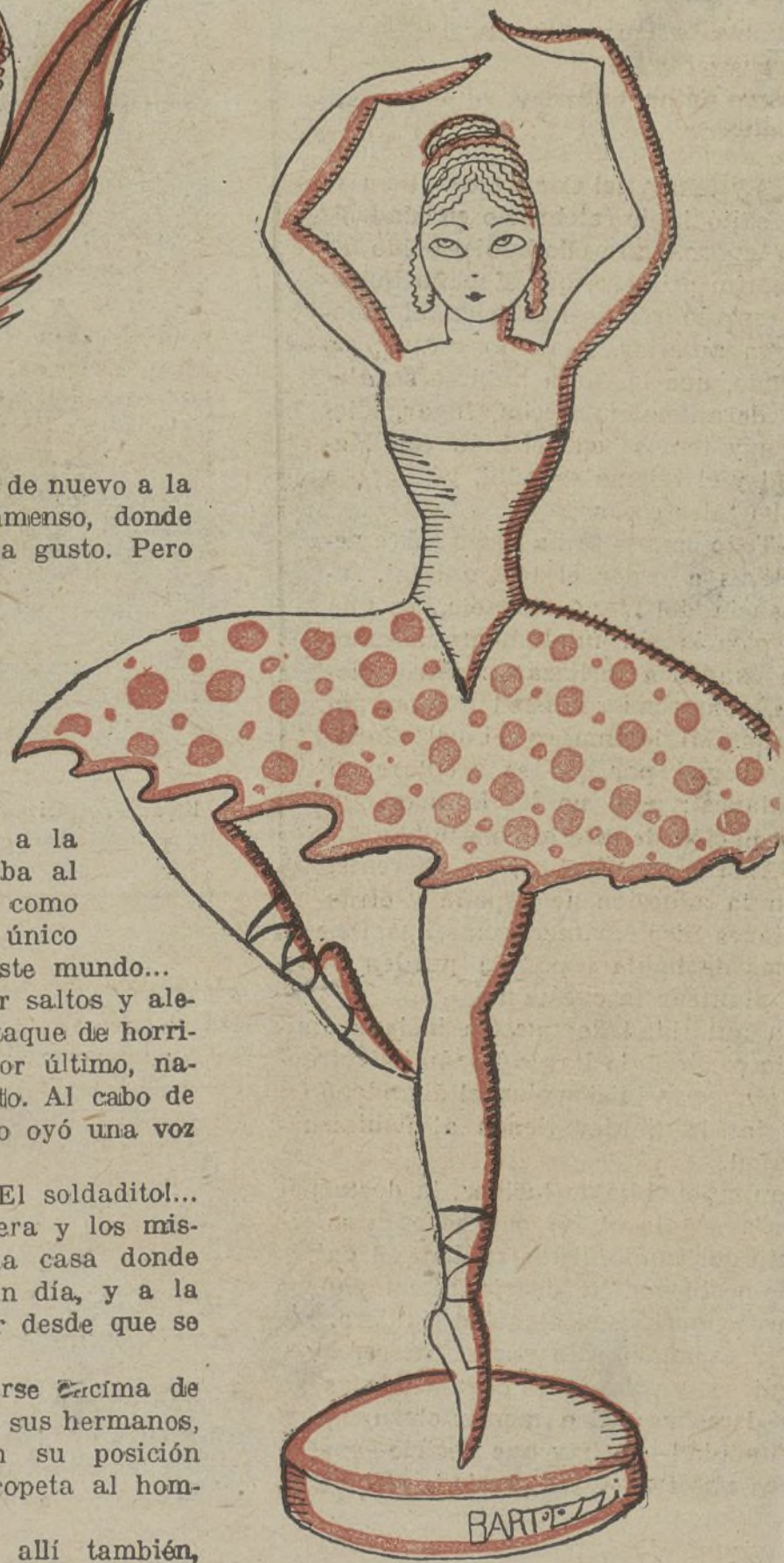
allí, al río, que tragárselo un pez. ¡Vuelta a la oscuridad y a estar allí más quieto y apretado que en la caja de sus hermanos! Después de todo, en no viendo a la bailarina, tanto le daba al soldadito la oscuridad como la luz. Ella, ella era lo único que le importaba en este mundo...

El pez comenzó a dar saltos y aletazos; luego tuvo un ataque de horribles convulsiones, y, por último, nada, todo se quedó quieto. Al cabo de unas horas el soldadito oyó una voz conocida que gritaba:

—¡Mirad, mirad!... ¡El soldadito!... Era la misma cocinera y los mismos niños y la misma casa donde había sido tan feliz un día, y a la que soñaba con volver desde que se cayó de la ventana.

Otra vez volvió a verse encima de la mesa donde estaban sus hermanos, y siempre firme, en su posición de guardia, con la escopeta al hombro.

La bailarina estaba allí también,



DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

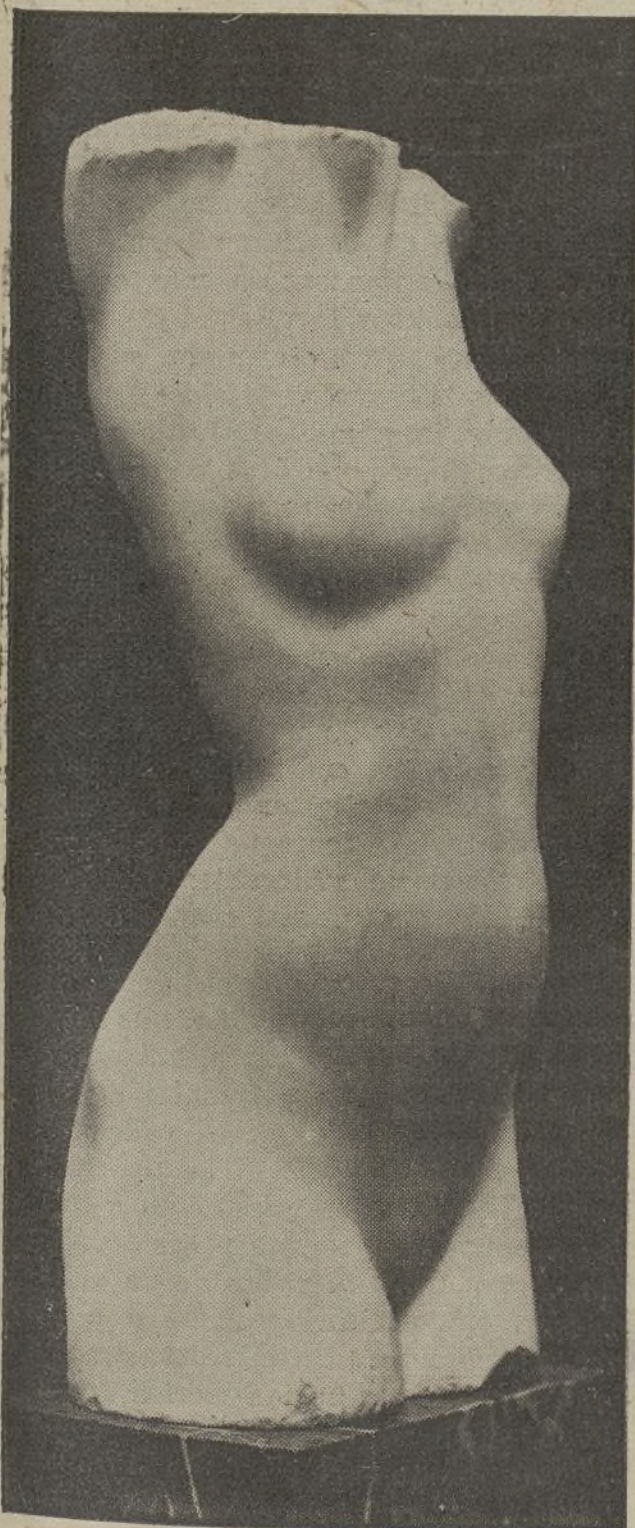
LAS OBRAS DE ESCULTURA

Sin creer que asistimos a un grande y decisivo renacimiento de nuestra plástica, y fuera de la renovación que entrañan las obras de unos pocos maestros españoles, podemos afirmar que, juzgada en conjunto la escultura de la actual Exposición, parece apreciarse cierta elevación del nivel artístico con relación al de la pintura.

Empezando a apurar en la expresión de la forma en aquel punto donde cualquiera la daría por acabada, se sitúa Mateo Inurria. Este ilustre cordobés sabe como nadie infundir al material que labra un espíritu de pura vitalidad. Así, pues, surge animado «El ídolo eterno», desnudo de mujer en mármol negro; sutil labor de lapidario, trueca en piedra preciosa la carne de lo que era bloque inerte. «La parra», otro desnudo de mujer en mármol corinto, acomódase a una disposición arquitectónica aprendida en la remota antigüedad oriental: por el femenino cuerpo, sin cabeza aquí, corre el soplo vivífico, nutriendo la esencia latente del símbolo. «Forma», torso de mujer en mármol rosa, es una clarificación de inmortal juventud.

No pieza de museo para la recogida admiración, según lo son las tres citadas, sino monumental ornamento que demanda el aire libre de la plaza pública, es la «Estatua ecuestre del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba».

Una vuelta a la imaginaria de popular casticismo encontramos en el «San Juan de Dios» tallado en madera por D. Jacinto Higuera. Mejor que en «Bética», del mismo autor, hallamos en aquel santo la revelación de un fuerte temperamento.



«Torso femenino», palpante trozo de vida, creado por el cincel maravilloso de Mateo Inurria.

La más reciente de las creaciones de Higuera concuerda con la fisonomía moral del tipo representado; la labor de gubia ha prestado bella encarnadura al leño. Alonso Cano y Pedro de Mena, al cabo de los tiempos, salvados del histórico ayer, son incorporados, merced a Higuera, al momento actual, en la orientación que los dos formularon, conforme al genio nacional de la escultura.

Una serie de bustos, diferentes de condición, nos importa enumerar. El de la «Botticelli», por Enrique Marín, de hermoso aspecto y técnica cuidadísima, y el de un «Niño», por José Ortells, no menos sugestivo, bastan a justificar de jurados a sus respectivos autores. Quintín de

mientos, con soberana posesión del oficio. No es Borrell Nicoláu un arcaizante cualquiera; su arcaísmo no resulta de remozar estratificados productos: más bien versa, o se refiere, al fondo étnico subsistente entre nosotros.

Ignacio Pinazo Martínez emula a su hermano José con graciosa y encantadora cabecita femenina titulada «Roseta».

Cierta originalidad a que no estamos acostumbrados nos la ofrece el artista compostelano D. Francisco Azorey con «Picariña», figurilla, en talla policromada, de una niña gallega que viste el traje de la región. El camino iniciado con tan amable imagen infantil no peca de angosto. «Picariña», sin derivar por de-



«San Juan de Dios», escultura en madera, por Jacinto Higuera, en la cual resurge una de las más castizas formas del arte plástico español.

Torre, bilbaíno, se revela en esta Exposición con otras dos obras extraordinariamente suscitadoras de emoción: «Pensamiento» y «Teresa». Si la policromía del mármol más las perjudica que favorece, por lo arbitraria y fuera de medida, exentas de tal aderezo son las cabezas ricos documentos, en que un sentido inusitado, al gusto de la sensibilidad contemporánea, se concreta. Contra la frialdad académica, los valores táctiles están llevados a un máximo de intensidad. En pocas ocasiones se hizo la piedra más carne con alma, por arte de hispanico cincel. Borrell Nicoláu condensa en dos bustos de corte romano, el primero, de viejo, y el segundo, de dama, en mármol, la visión, un tanto clásica, entendiéndose romana, de tipos y de procedi-

recho de la vieja cepa, entronca por más de un motivo con ella, siendo arte de ley por su entraña popular. Y si del pequeño tamaño pasamos progresivamente a la estatua en grande, nos hallaremos con las de Adsuara: su «San Juan» trasluce reminiscencias de Beruguete y está muy bien concebido. El Valenciano Julio Vicent en «Amanecer», más sobre seguro que Vicente Beltrán en su «desnudo de mujer», concibe, de manera no desemejante a la de Clará, la forma con líneas y masas amplias.

A. VEGUE Y GOLDONI.



He aquí un delicioso capricho escultórico de Francisco Azorey, con cuya infantil ingenuidad se hermana el sentimentalismo nativo de la tierra galaica, la de los prados húmedos y rientes, como una mezcla de llanto y de alegría; la de los horizontes brumosos; la de la melancólica «saudade»...



Con su hermosa estatua «Amanecer», se ha revelado Julio Vicent en esta Exposición como uno de los nuevos maestros de la actual generación artística.

Nietzsche y su epistolario

— La paradoja interior —

HEMOS llegado al pleno período afirmativo de la obra de Nietzsche. Pero—decíamos—en ese período hay una íntima contradicción: la coexistencia de un principio pesimista, el Retorno universal, con un principio optimista, el Superhombre. El primero podría ser representado por una circunferencia; el segundo, por una recta infinita y ascendente.

La idea del Retorno universal es una conciliación paradójica del *devenir* con el *ser*. A la idea de transformación progresiva y perfectiva, cuya manifestación filosófica está en Hegel y cuya manifestación biológica está en Darwin, quiso Nietzsche unir un sentido de recomienzo eterno, creyendo comunicarle con ello valor divino. Pero el ideal de superación infinita no puede considerarse inferior, como percepción de eternidad, a la persistencia rotativa de todos los seres. Este ideal de rotación eterna, especie de mito solar, no es comparable con el ideal parabólico de la ascensión sin límites hacia las perfecciones nuevas y desconocidas; esto es, la formación eterna de Dios.

«Los dos símbolos sobre los cuales apoya su poema, el Retorno universal y el Superhombre, forman un desacuerdo que hacen imposible la terminación de la obra—dice Halévy—. El Retorno universal es una áspera verdad que suprime toda esperanza. El Superhombre es una esperanza, una ilusión.» En torno a esa íntima y profunda contradicción divagará toda la obra final de su vida. Espigemos en sus cartas algunas notas fuertemente reveladoras de esta inarmonía genial: «Ahondo en mi vida moral y me aparezco completamente subterráneo. Me parece haber encontrado ya la galería que ha de llevarme hasta una salida; pero esta creencia necesita ser cien veces admitida y cien rechazada.» (A Peter Gast, desde Marlenbad, en julio de 1880.)

Y añade luego estas nobilísimas expresiones, singularmente valiosas en él: «Cesa uno de amarse a sí mismo cuando cesa de practicar el amor hacia los demás... Me parece insensato querer tener razón si ha de ser a cambio de no poder amar a nadie ni despertar ninguna simpatía... En ocasiones me hallo por completo fuera de mí mismo; es decir, muy por encima de mí mismo.» Ese tema de lo que llamaríamos *autoscopia* retorna como un *leitmotiv* a cada paso: «Hay que cuidar de no perder la sed de sí mismo; pero también de no agotar por completo el rojo licor vital... Mi moral, la única moral que aun me queda, es la de que cada uno debe hacer a su manera lo mejor que pueda por sí mismo.» Pero hablando a Rohde de la contradicción entre el Nietzsche de la vida real, tierno y bondadoso, y el Nietzsche de los libros, hosco y duro, le dice, refiriéndose a *La Gaya Ciencia*: «Hay en este libro una imagen mía que sé de cierto que no es la que tú llevas en el corazón.»

Zarathustra, el alma infusa de Nietzsche, trasciende, por fin, bajo las páginas del Epistolario, después de aquella «preñez intelectual» que, según decía a Bülow, es el único estado que, cuando la vida nos cansa, vuelve siempre a ligarnos a ella.

«Con este libro he entrado en un nuevo anillo, y será contado en Alemania desde ahora entre los locos. Es una maravillosa clase de sermones morales.» Poco antes había encontrado, decía, a la amable bestia alemana frenética contra él,

porque no era para ella lo bastante moral. «Con este libro he extendido la mano hacia las más altas coronas que la Humanidad puede conferir. ¿Quién posee, suficiente ciencia y humanidad para decir a un loco como el que ahora soy lo que con mayor gusto puede oír, la verdad, cada verdad? No me asusta pensar que mi vida ha de ser siempre más dura que la de ningún otro hombre, pues bajo el enorme peso de una penosa existencia adquiero la buena conciencia de poseer algo que pocos hombres tienen o han tenido: Alas... Sé muy bien que no existe nadie capaz de hacer algo semejante a lo que es mi Zarathustra... Hay escondidas en mí aun muchas cosas que demandan llegar a ser palabra y forma. No hay sitio demasiado silencioso, elevado y solitario para que yo pueda oír mis más íntimas voces... Sé que he descubierto mi nuevo mundo, hasta entonces por todos ignorado. Ahora me resta aún irlo conquistando palmo a palmo... Creo haber llevado, con mi Zarathustra, el idioma alemán a su perfección. Después de Lutero y de Goethe quedaba aún por dar un tercer paso. Fíjate bien y dime si alguna vez has visto tan unidas en nuestro idioma la fuerza, la flexibilidad y la musicalidad... Aventura a Goethe en lo severo y viril de la línea, aunque sin caer, como Lutero, en la aridez y sequedad. Mi estilo es una danza, un juego de simetrías de todas clases y un saltar y burlar estas mismas simetrías. Llega hasta la elección de vocales... Además, soy poeta hasta los más lejanos límites de tal concepto. Poeta, aunque me haya tiranizado con todo lo más opuesto a la poesía... ¡Qué vida más loca y silenciosa la mía! ¡Tan solo! ¡Tan sin hijos!... ¡Quién sabe cuántas generaciones tendrán que pasar para hacer surgir unos cuantos hombres que sientan en toda su profundidad mi obra!» Y siguen estas palabras, que parecen ahora una visión anticipada de la interpretación vulgar y tendenciosa del pensamiento nietzscheano, para uso del germanismo imperial: «Pienso, con temor, que cuando eso llegue habrá también muchos que, sin derecho y sin causa alguna, se escuden con mi autoridad. Pero tal es el tormento de todo gran maestro de la Humanidad: saber que, por distintas circunstancias, tan bien puede ser una fatalidad para los hombres como una bendición.»

Perdonadme, lectores, la prolijidad de mis citas; pero yo quisiera reflejar aquí el desenvolvimiento del Nietzsche íntimo, no ya del Zarathustra inevitablemente literario y artificial. Quisiera mostraros

cómo en aquella alma tormentosa los viejos valores iban hundiéndose, a manera de navíos pomposos que zozobran.

Así, encontramos en carta a Overberck, de septiembre de 1884: «Los malos resultados que a mí me ha dado la compasión me han llevado a un interesante cambio del valor de tal sentimiento... Aquel que con la alegría de Zarathustra no vierte lágrimas, está todavía muy lejos de mí y de mi Universo.»

«En mí hay algo muy extraño y lejano—escribía poco después a su hermana—; las palabras tienen en mí otro color que en los demás hombres, y en mi obra hay un abigarrado primer término que engaña sobre lo que detrás existe»

Mostraba una perfecta conciencia del peligro de la interpretación humana de su obra. «Plantear mi problema—decía a Burckhardt—es ya quizás la más peligrosa osadía existente, no con respecto al que lo plantea, sino por aquellos a quienes de él habla.» ¡Ah, sus viejos problemas, «negros como cuervos»! Nadie le quedaba con quien le fuesen comunes el sí y el no. «¿Cuán viejo soy, realmente? Lo ignoro, así como lo joven que aun seré», repetía con insistencia profética. «Sé que hay tal originalidad y tanto peligro en mis ideologías, que no habrá hasta muy tarde oídos para ellas. Seguramente, no antes de 1901.»

Y mientras exaltaba su voluntad como creadora y dominadora, en un intenso revivir del estoicismo, se decía: «No es imposible que yo sea el primer filósofo de mi época, y aun quizás algo más; algo decisivo y fatal, situado entre dos siglos. Me he preguntado: ¿Qué ha sido hasta ahora más odiado, temido y despreciado por la Humanidad? Y de ello, como un alquimista, he hecho mi oro. Ahora sólo falta que se me acuse de monedero falso. Aunque esto lo harán, seguramente.»

Llegamos al estallido final de aquella naturaleza, en la que se plasmó como en ninguna la duplicidad ambigua, paradójica y detonante de nuestros orígenes ario-semíticos. Lo que en la personalidad poética del Doctor Fausto se resolvió en anhelo de vivir, ansia del goce material heredado del vitalismo clásico y ansia del goce espiritual heredado del cristianismo, se resolvió en Nietzsche por una trágica vesania, como la de un Saulo que cayese fulminado, no en el camino de Damasco, sino en el de Tebas.

Un último artículo nos lo mostrará.

Gabriel ALOMAR

El cuarto del abuelo

LA habitación estaba cerrada con dos vueltas de llave desde que había muerto el abuelo. Pensaba Cándida rendir así un culto más ferviente a la memoria de su padre, fallecido hacía poco. Fermín, el marido, se opuso levemente al principio.

—Es verdad que hoy podemos prescindir de ese cuarto—decía—; pero pronto lo necesitaremos para que duerma en él la niñera, y entonces será como una renovación del dolor. Creo que haces mal.

Cándida estaba encinta, y a pesar de las prudentes palabras de Fermín, la habitación del abuelo, aquella en donde el viejo había estado enfermo dos largos meses, permaneció cerrada. Clausurados también los balcones, se advertía al aproximarse un fuerte olor a medicamentos, a cirios y espliego quemado. El dormitorio del abuelo estaba tal como quedó la tarde que trasladaron el cadáver. La hija miraba con inquietud aquella puerta muda, evitando el acercarse, y en esta dolorosa zozobra de Cándida se fundían como en un solo suplicio la infinita pena de su padre muerto y un vago espanto indefinible que la hacía temblar por las noches cuando crujían las maderas estremecidas por el viento.

La voz del viento en la noche, al azotar los muros, tenía vibraciones extrañas, como gritos de angustia, y Cándida, que tantas noches velase junto a la cacería, acudiendo solícita al menor aviso, imaginábase ahora oír la voz del viejo y se hundía en el lecho hecha un ovillo y temblando. En los días claros y alegres, cuando el sol bañaba las habitaciones penetrando a raudales por las amplias ventanas, en el cerebro de Cándida no anidaban fantasmas de pesadilla. Por el contrario, su dolor adquiría entonces un colorido más real y libre de temores y miraba sin inquietud a la puerta con un vago deseo de acercarse y entrar, caer sobre la cama, todavía deshecha, reviviendo la escena y el momento terrible de la última hora. Cándida pensaba entonces con más serenidad en el abuelo, y lo veía tal como había sido, y le parecía oír su voz, su risa, sus consejos. Entonces, dándose cuenta de su estado, imaginábase al hijo ya nacido y crecido, comparándolo con otros niños, y sentía como un temblor íntimo y tierno, con un deseo irreprimible de llorar, un llanto sosegado, mudo, de una dulzura melancólica. Pensaba asimismo en la ironía de haber llamado abuelo a su padre, que no había sido abuelo nunca, y le dieron tal nombre a causa de su edad y de sus cualidades de verdadero abuelo: viejecito, encorvado, extremadamente bondadoso; en el consejo, sabio; en el aspecto, venerable; risueño y manso de condición, casi evangélico...

Con el nacimiento del niño, que acaeció una madrugada de enero, hubo en la casa gran conmoción y tumulto doméstico, con ajeteo de mujeres y de vecinas curiosas que invadían la alcoba de Cándida. Fermín, muy contento y nervioso, recorrería a grandes pasos toda la casa en un deseo inexplicable de agitación. En el dormitorio estorbaba a las mujeres que asistían a la enferma, y en el comedor, donde hacían ciertos preparativos, y también en la cocina, invadida por las criadas, que en los grandes hornillos encendidos ponían a hervir pucheros de agua. Fermín buscó, como un refugio, el cuarto clausurado y entró en él, abriendo de par en par los cerrados balcones para dar paso a las primeras

VISION SERRANA

CORTIJO DE PEDRALES

Cortijo de Pedrales, en lo alto de la sierra, con sus paredes blancas y sus rojos tejados; con el sol del otoño y el buen olor a tierra húmeda, en el silencio de los campos regados.

Bajo la dirección tenaz de los mayores se fomentó la hacienda y se plantó la viña, y más tarde, los hijos, que fueron labradores, regaron con su egregio sudor esta campiña.

Todo está como ellos lo dejaron: la entrada, con su parral umbroso y el portalón de encina; aun la vieja escopeta de chispa, abandonada—herrumbroso trofeo—, decora la cocina.

Allí los imagino, con ademán sereno, bajo las negras vigas del recio artesonado, al presidir la mesa, partiendo el pan moreno sus diéstras, que supieron conducir el arado;

o en la quietud benigna del campo bien oliente mientras el agua clara corre por los bancales, de codos sobre el mango de la azada luciente e inclinadas a tierra las testas ancestrales...

¡Oh, perfume de aquellas existencias hurañas, que ignoraron, en medio de estos profusos montes, si tras esas montañas habría otras montañas y nuevos horizontes tras estos horizontes!

La casa blanca, al borde de las espigas rubias; la conciencia, serena, y el hambre, satisfecha; los ojos, en las nubes que han de traer las lluvias, y el alma, en la esperanza de la buena cosecha...

Y así fueron felices... De toda su memoria sólo quedó esta página, inocente y tranquila: ¡Vivieron largamente, sin ambición ni gloria; su vida fué una égloga dulce como una esquila!

Tomás MORALES

luzes y a las brisas primeras de la madrugada. A la tenue claridad del alba, el cuarto del abuelo tenía algo de fantasmagórico y terrible: arrugadas las ropas de la cama, unos candelabros como rígidos centinelas, un baúl abierto, una silla caída... Luego el olor, aquel fuerte olor a espliego quemado y yerba-luisa y cera...

Ya entrado el día, cuando el sol inundaba todo el cuarto, Fermín, sin decir una palabra a Cándida, mandó que hicieran en él la conveniente limpieza, alterando el orden de los muebles, sacada de allí la cama, y dándole, en fin, a la habitación otra fisonomía. A los ocho días, cuando el aire renovado había hecho ya su obra benéfica, mandó poner en él la cuna y la cama de la niñera.

Convaleciente y débil todavía, Cándida se obstinaba en levantarse. Quería tomar de nuevo las riendas de su casa y sacar también al niño fuera del dormitorio, sostenerlo con sus brazos de madre, fuertes y blandos, para contemplar más a plena luz a su hijo. Apoyada en el brazo de Fermín, hizo la primera salida hasta el comedor. Después de un rato hablaron de que era necesario buscar una muchacha de confianza para pasar al niño. Cándida entonces pensó en el cuarto del abuelo y fué hacia él, acompañada de Fermín, que le contaba entonces todo lo que había hecho.

Y al verlo de nuevo, ella, que creía que iba a impresionarse mucho, se extrañó de no sufrir emoción ni congoja, como

si no fuese allí donde había fallecido su padre y en fecha no lejana. Lo inspeccionaba todo, cambiando el sitio de unas sillas, muy complacida, con una leve sonrisa que animaba su rostro pálido.

—La cuna no estará bien aquí—dijo—. Mejor en este sitio.

Y he aquí cómo el nieto heredaba ahora el cuarto de su abuelo difunto, y aquella habitación se llamaría desde ahora el cuarto del niño.

Roberto MOLINA

LECTURAS

Precedido de un bien escrito prólogo de D. Manuel Machado, acaba de publicar un tomo de poesías el conocido escritor D. Carlos Sáinz de Robles, con el título de *La soledad recóndita*.

La mayoría de las composiciones revelan la juvenil inspiración del autor, que maneja la rima con singular soltura en fáciles versos.

El libro, pletórico de bellas imágenes, augura un éxito al joven poeta, que canta los sueños de su alma con lírico entusiasmo.

Merecen especial mención las composiciones «Ruecas de oro» y «Estampas románticas», así como los sonetos que avaloran el libro.

Antonio de Hoyos y Vinent, el escritor infatigable, ha dado al público una nue-

va novela, titulada «Las lobas de arrabal».

Pintor fiel de las costumbres de su tiempo, Hoyos y Vinent lleva a las páginas de «Las lobas de arrabal» trozos de vida y tipos de todos conocidos, con su característico desenfadado.

«Las lobas de arrabal» es una de las novelas más originales e interesantes de Hoyos y Vinent.

La *Novela Literaria* acaba de publicar *Marta Baraquín*, por J. H. Rosny (mayor).

Esta obra es una de las más vigorosas, por su arte y por su emoción, de ese temperamento recio de novelista que es J. H. Rosny (mayor), el cual ha marcado y señalado, al separarse de su hermano, su personalidad de novelador naturalista, quizás el único heredero directo y digno de Zola.

Marta Baraquín estudia la vida de las obreritas parisienses, expuestas a todos los peligros de la seducción y del pecado, perseguidas por apaches violentos y víctimas de la codicia de las familias propias.

Hay en esta novela tipos tan recios como Víctor Huraud, «el Rojo»; Marta, la protagonista; Celina, «Microbio»; Alfredo, «el Barquillo», y en orden ya de categoría social más elevada, el hombre que redime a Marta de su abyección.

La traducción está escrupulosamente hecha por el culto y notable literato don Andrés González-Blanco, fan conocido, no sólo por sus traducciones de escrito-

res franceses, portugueses e ingleses, sino por sus obras originales de crítica y de novela. Avalora este volumen un prólogo del ilustre novelista D. Vicente Blasco Ibáñez, en que estudia la personalidad de J. H. Rosny.

La Editorial Calpe, prosiguiendo su loable propósito de divulgación de obras maestras, hermanando la economía con producción abundante y el mayor esculpulo en las versiones, ha publicado recientemente las siguientes obras:

«La bien plantada de Xenius», por Eugenio D'Ors; «Papá Goriot», de H. de Balzac; «Vida», por Torres Villarroel; el tomo IV de las «Novelas ejemplares» de Cervantes; «Chatterton», de A. de Vigny; «Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de los Almorávides», por R. Dozy; «El brazalete de rubies», de Alejandro Kuprin, y «Cuentos», de Teixeira de Queiroz (Benito Moreno).

El aplaudido autor Pablo Cases, después de algunos años de descanso, ha comenzado la publicación de una serie de novelas cortas con una muy interesante, titulada «Muerte del poeta».

El joven poeta Sr. Martínez Corbalán, ya ventajosamente conocido por su libro «Oraciones», ha dado a la estampa, con el título de «Caminos...» una colección de bellas poesías.

PALACIO U HOTEL DE VENTAS

MUEBLES DE TODAS CLASES
ARTÍCULOS DE OCASIÓN

COMPRAMOS MUEBLES Y OBJETOS
PAGANDO ALTOS PRECIOS

Única Casa. - ATOCHA, 34. - Entrada libre.

NUMANCIA

SOCIEDAD ANONIMA DE SEGUROS MARITIMOS

SEGUROS MARITIMOS Y DE GUERRA

Representantes en los principales puertos

Apartado de Correos núm. 664. Teléfono 4.024

Dirección telegráfica y telefónica: "SECUR"

Domicilio social: AVENIDA CONDE DE PENALVER, 13.---MADRID



LLOYD DE ESPAÑA

Sociedad anónima de Reaseguros
Marítimos, de Transportes y de
Valores

Esta Sociedad se dedica únicamente al ramo
de REASEGUROS, y tiene constituido en la
Caja general de Depósitos, en valores del
Estado español, el depósito máximo que
autoriza la ley.

Domicilio social: PRIM, 5.--MADRID

Director gerente, D. ALBERTO MARSDEN



EL ATLAS

COMPANIA ANONIMA DE SEGUROS
MARITIMOS, DE TRANSPORTES
Y DE VALORES

Domicilio social: PRIM, 5.--MADRID

Director gerente: D. ALBERTO MARSDEN

Esta Compañía tiene constituido en la Caja general
de Depósitos, para garantía de sus asegurados en
España, en valores del Estado español, el depósito
máximo que autoriza la ley.